

LA LUZ DEL PORVENIR

Gracia: 16 de

Agosto de 1888.

Precios de Suscripcion.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos,
y calle del Cañon 9, principal.
SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de Suscripcion.

En Lérida, Mayor 81, 2. En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta

SUMARIO.—El arte de escribir.—Comision ejecutiva —En el grupo libre-pensador.

¡ ISABEL !

I.

Siempre he creído que entre los seres más pequeños y más vulgares se encuentran almas verdaderamente grandes, espíritus decididos á progresar, que vencen todos los obstaculos hasta llegar al noble fin por el cual encarnaron en este misero planeta. Al número de estos espíritus pertenece Isabel, jóven que aun no cuenta veinte años y que conoci cuando sólo contaba catorce primaveras.

Vivia en mi misma calle, y siempre que yo entraba en su casa, (que era con frecuencia,) se me oprimia el corazon ante aquel cuadro de verdadera miseria.

Ni una sola habitacion estaba amueblada convenientemente; sólo se veian camastros revueltos, sillas cojas, un quinqué con el tubo siempre ahumado y roto, una máquina de coser con la cual se entretenían cinco ó seis chiquillos delgados y escuálidos que hacían gritar y reñir á una mujer jóven y agraciada, pálida y macilenta, y una niña encantadora, blanca y rubia, peinada con el mayor esmero y adornada con una bata de percal color rosa y un pequeño fichú de blonda negra bordado de azabache.

Esta era Isabel, preciosa flor que se destacaba en aquel monton de abrojos. Nada más dulce ni más risueño que el semblante de aquella niña; yó la miraba muchas veces con pena diciéndome interiormente: ¿qué será de esta pobre criatura? Es bella, muy bella, tiene el inefable encanto de la inocencia y de la juventud, vive en la mayor miseria, su familia es muy honrada; pero, como son tan pobres, tienen que dejarla ir á trabajar fuera de su casa, donde no tiene un jornal seguro, mientras que en un taller ganará lo bastante para no ser gravosa á sus padres: más.... ¡á cuantos peligros va á exponerse!.... Tiene que ir sola; tiritando de frío, por la mañana ha de atravesar largas distancias, y por la noche, al volver á su hogar, encontrará en su camino á los felices de la tierra, á los que van al teatro, á las reuniones y al café; sentirá envidia al ver á otras jóvenes menos hermosas, engalanadas con lindísimos trajes y riquísimas joyas, mientras ella apenas lleva el cuerpo cubierto, y al llegar á su hogar no tiene ni el abrigo suficiente en su lecho para resguardarse del frío; y como Isabel es bella, de talle esbelto, magnífica cabellera, labios sonrientes y ojos que brillan con el intenso fuego de la vigorosa juventud, es tan fácil que tenga galanteadores.... y que estos le ofrezcan todos los goces de la existencia á cambio de sus caricias....! ¡Pobre

Isabel!.... ¿resistirá á las asechanzas del vicio en las privaciones de la horrible miseria que la rodea? ¡Quién sabe!

Con afanosa mirada seguí durante algun tiempo la vida de Isabel: trabajaba todo el día fuera de su casa, y volvía por la noche acompañada de otra jóven que estaba muy lejos de ser tan pudorosa y tan sencilla como ella, como que solía decir que la pobreza era patrimonio de los viejos, pero no de las muchachas, que podian cambiar su suerte siempre que quisieran.

Con hartó sentimiento mío observé que Isabel fué perdiendo lentamente aquella su inocente ingenuidad; su mirada límpida y serena perdió gran parte de su angélica expresion tornándose taciturna y melancólica. Y preguntándole yo una noche qué motivaba tan brusco cambio, me contestó con profunda tristeza.

—Hace algunos dias que pienso en matarme.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que usted oye: tengo mucho miedo á la vida.

—¡Miedo!....

—Sí, miedo. Antes, cuando trabajaba en mi casa, me creia feliz al llegar el domingo y peinarme y vestirme con mi bata de color de rosa, sentándome en la puerta para cuidar de mis hermanitos que jugaban en la calle; pero ahora, cuando vuelvo del taller los días de fiesta, y veo tantas señoras que vuelven de misa, tan elegantes, tan bien vestidas, al entrar en mi casa siento una pena tan grande, que me encierro en mi cuarto y me hartó de llorar. Mi amiga Luisa me dice que no sea tonta; que sufro porque quiero; que ella sabe quien me haria feliz: yo, la felicidad comprada con la deshonra de mi familia no la quiero. Cada día me resigno menos con mi suerte; no quiero perderme, porque mi madre moriría de pena, y mi padre sería capaz de cometer un parricidio; pero tampoco me encuentro con valor para resistir los horrores del hambre y del frío. Cuando comparo mi suerte con la de esas señoras que viven con tanta elegancia, siento un dolor agudo en el corazon, y, muriendo, todo quedaría terminado.

—Y tu pobre madre ¿qué hará sin tí?

—Tambien lo pienso; pero, créame usted, lo que más me aterra es ceder á la tentacion del lujo. No quiero caer en el fango; antes caeré en la fosa.

II.

Siguió Isabel luchando con su azarosa vida, y tuve el sentimiento de perderla de vista durante una larga temporada, por haberse mudado de casa, sin que por esto su recuerdo se borrara nunca de mi mente, cuando hace pocos días la ví entrar en mi aposento llevando una niña muy pequeñita en sus brazos y diciéndome con la mayor dulzura:

—Salí triunfante de la prueba; hace diez meses que estoy casada, y quince dias que soy madre.

—¡Con cuánta alegría contemplé á Isabel! Iba vestida de negro; cubría su juvenil cabeza un pañuelo de raso azul sembrado de pequeñas rosas; sus rubios cabellos caían en graciosos rizos sobre su frente; su rostro reflejaba el contento, sus miradas eran dulces y tranquilas.

—Cuéntame,—le dije:—¿eres feliz?

—Sí, porque me salvé del naufragio. Mi compañera Luisa cedió á los pérfidos halagos del lujo, é hizo cuanto pudo porque yo siguiera su ejemplo; mas yo estaba resuelta á morir antes que sucumbir.

Muchas noches he llorado pensando en las promesas de rendidos amadores que me ofrecían el lujo de una reina; pero veía á mis padres tranquilos y felices en

medio de su miseria, y no quise turbar su dulce paz, cuando afortunadamente conocí al que es hoy mi esposo; y dos meses después de conocerle me puse bajo su amparo recibiendo la bendición nupcial. ¡Qué alegría tan grande experimenté cuando me pude encerrar en mi casa con mi marido, mis padres y mis hermanos! «¡Adios, exclamé, adios tentaciones mundanas de lujo y vanidad! ¡Adios comparaciones entre la dicha ajena y la desgracia mía!» Gracias á Dios, ya no tendré qué salir de mi hogar; vivo pobremente, pero estoy tranquila, tengo lo que yo quería, la sombra de un marido y un hijo que me hiciera amar la vida. Ahora ya no quiero morir; mi mundo es mi hogar: aun no tengo veinte años, y nada deseo de los goces de la juventud: procuro captarme la estimación del padre de mi hija, y contemplo á ésta con el mayor placer, porque la conceptúo una barrera puesta entre el mundo y yo. Ya le dije á usted hace tiempo que tenía miedo á la vida, porque muchos hombres elegantes me decían que era bella y distinguida. Gracias á Dios, ya no tendré ocasión de escuchar galanterías; si alguna vez me precisa salir de casa, saldré con mi hija, y ella será el escudo que me salvará de toda asechanza y peligro. Tanto quiero á mi hija que me parece imposible que me sea duradera tanta felicidad. Temo verla muerta, por más que hasta ahora nada me hace sospechar que esté enferma; pero he sufrido tanto..... bien lo sabe usted, que no sé acostumbrarme á ser dichosa.

—¡Cuánto me alegro de que seas feliz!

—Y crea usted que lo soy. Todas las mañanas doy gracias á Dios cuando me levanto y veo que no tengo que moverme de mi casa, ni ponerme en contacto con seres que me aconsejen mal. Salvarse del naufragio del vicio es una gran victoria para una pobre muchacha que tiene que combatir con la seducción de hombres distinguidos, con los persuasivos consejos de jóvenes casi perdidas, y con los horrores de una miseria espantosa.

—Dichosa tú, mi buena Isabel, que has sabido luchar y has podido vencer: sigue siempre la misma senda, y en todas las situaciones de la vida, créeme, serás feliz.

Isabel se sonrió dulcemente y se marchó, cuidando antes de abrigar con mucho esmero á su pequeña hija. La seguí mirando hasta que la perdí de vista, y me entregué á profundas consideraciones, admirando el buen sentido de Isabel que ha sabido ser fuerte en medio de la tempestad.

¡Está expuesta á tantos riesgos la mujer jóven, bella y pobre! ¡Es tan peligrosa la comparación que hace la obrera entre su miseria y el lujo deslumbrador que ve por doquier, que es digna del mayor elogio la prudente conducta de Isabel.

Flor delicada que no ha exhalado su fragancia en los jardines del gran mundo, el perfume de sus virtudes embalsama una casita humilde; pasará desapercibida como pasan las mujeres del pueblo; y, sin embargo Isabel es una verdadera heroína. Dios ha premiado su heroísmo con los dulces lazos de la familia. ¡Aun no tiene cuatro lustros y ya es madre!

¡Feliz la mujer que en la primavera de su vida se ve renacer en sus hijos y ocupa su tiempo en las sagradas atenciones de su hogar.

Amalia Domingo y Soler

EL ARTE DE ESCRIBIR

CARTA II.

Querida amiga: prometí en mi última parte algunos siquiera pocos detalles sobre el arte de escribir; no con la pretensión de que quien las leyera aprendiera en dos paletas

todas las reglas concernientes á la literatura en general, que esto no puede ser, pero sí que concibiese una idea de los estudios necesarios para expresarse elegantemente, si tiene génio para trasladar sus ideas al papel y darlas al público.

Decirte lo primero que pocas lenguas como la nuestra se prestan á la elegancia; ya por la dulzura de sus terminaciones, ya por lo armonioso de las consonantes, ya por la libertad de construccion de las frases ó más aun por la oportuna supresion de ciertas partículas del discurso que quitan monotonía y dan fluidez y brevedad á las sentencias. Es además nuestro hermoso castellano tan apropiado para formular los grandes conceptos filosóficos, como para modular los mas delicados sentimientos del alma; es el lenguaje más copioso y expresivo que pueda imaginarse; rico, variadísimo, agradable como una mañana de Mayo, terso como un cristal, juguetón como el niño, cariñoso como una madre, terrible cual la tempestad, inmenso como los cielos, robusto, imitativo, inagotable, divino.... puedes comprender cuanta ventaja lleva el que, nacido aquende los Pirineos tiene la suerte de cultivar lengua tan magnanima, tan docil que á todo obedece, á todo se amolda, desde la gravedad de la historia y el vigor de la elocuencia, hasta la sátira fina delicada y familiar. Tratarla mal hablando ú escribiendo es demostrar ignorancia imperdonable, sobra de pereza y falta de buen gusto. Y esta incorreccion sube de punto cuando en ella incurren los espiritistas, pues tantas cualidades como pueda reunir nuestra lengua respecto á formas, las reune, si no las supera, respecto á fondo, la última y grandiosa epopeya de nuestros tiempos modernos, el Espiritismo. Universal cual ninguna otra filosofía, religioso como todas las grandes ideas y los grandes sentimientos, científico como el siglo, nuestra creencia reune en él más alto grado los tres atributos á que sin cesar aspira el alma: lo bueno, lo bello y lo verdadero y entrañando la verdad, la belleza y la bondad científicas, filosóficas y morales, por fuerza ha de abrigar en su seno caudal tan inmenso de idealismos, de melodias y de inspiraciones como gotas de agua el Océano, y como ellas se evaporan para convertirse en fecundante rocío y benéficas lluvias, así estos idealismos, estas melodias y estas inspiraciones han de subir, han de volar desde el hombre hasta Dios ¡Que escala tan inmensa, que espacio tan infinito! en él, cuán innumerables problemas, cuántos estudios de causas y de efectos, que de vibraciones, cuánta luz, cuántas armonías!

Mucho adelantado tiene el escritor que ha estudiado el espiritismo, su lectura enriquece de tal manera la inteligencia, que despues de haber libado algunas flores en su extensísimo campo, véense brotar literatos como por encanto, especialmente mujeres que jamás se habian creído con génio para escribir á no revelárselo nuestra filosofía dándoles rico caudal de ideas sin el cual difícil es lanzarse á la vida pública. Y si con hojear una vez quizá incompletamente las obras de nuestro inmortal maestro, adquirimos enseguida la facilidad necesaria para tratar mil y mil asuntos ya en el seno de nuestra familia, ya en público, por medio de la escritura, ¿que no alcanzará la persona de buena voluntad que lea y relea y reflexione y medite largas horas los libros de Kardec?

Para adquirir ideas es preciso estudiar no poco y por mas que muchos se escusan con que hacen estudios al natural, esto no basta; hay ideas abstractas, concepciones puramente subjetivas que no pueden ofrecer los tipos con quienes nos relacionamos; lo más lógico, lo más sencillo y natural es aprovecharnos de la experiencia de nuestros antepasados, de nuestros contemporaneos, leer, leer sin cesar, sentir con ellos, pensar con ellos, participar de sus dolores, de sus emociones y uniendo nuestra inteligencia á su inteligencia y nuestro corazon á su corazon, empaparnos de lo verdaderamente hermoso y bueno que hayan producido, reflexionado luego en nuestro foro interno á fin de sacar consecuencias que nos lleven un punto más allá. Tal debe

ser nuestra constante aspiracion. Realizarla es difícil, más no por eso hemos de desfallecer: la vida es larga, eterna, y si no interpretamos hoy todo lo creado y no lo iluminamos con la poesía, día vendrá en que leamos en la naturaleza como en un libro abierto, deleitándonos en sus verdades y en sus armonías. Entretanto aunque nada nuevo podamos decir, ni aun dentro del Espiritismo, nosotras pobres pigmeos, no enmudezcamos, procuremos espresarlo del mejor modo posible y para terminar voy á citarte una maxima de «Los caracteres de La Bruyère.»

Horacio ó Despreaux lo han dicho antes que V.—Lo creo como V. me lo dice, pero yo lo he dicho como mío. ¿No puedo pensar despues de ellos una cosa verdadera que otros pensarán aun despues de mí?

Dejando á tu cargo las consideraciones sobre este pensamiento, te saluda fraternalmente tu muy amiga.

MATILDE RAS.

COMISION EJECUTIVA
DEL
ESPIRITISMO EN ESPAÑA

Sesión del 4 de Julio de 1888

Entre otros acuerdos, tomáronse por mayoría de votos, los siguientes:

“El primer Congreso Internacional Espiritista, celebradero en esta Ciudad el día 8 de Septiembre próximo venidero, con arreglo al artículo 2.º de la Circular de la Comision Ejecutiva de fecha 15 de Abril del año que cursa dirigida á las entidades espiritistas de todos los países, hará la manifestacion solemne de la filosofía, dilucidando los temas que siguen:

- 1.º *Historia del Espiritismo.*
- 2.º *Sus tendencias.*
- 3.º *Su estado actual.*

Estos tres puntos serán desarrollados en español y en francés únicamente, por dos oradores en cada cual, uno español y otro extranjero, designados con anterioridad por la Comisión Ejecutiva que presidirá el Congreso. La Mesa se reserva el derecho de rectificar cualquier concepto emitido por los oradores, que ostensiblemente no estén ajustados con los preceptos de la Escuela Espiritista propagados por el insigne Allan Kardec. Las sesiones, que exija la enunciación de estos tres números serán públicas; pero mediando invitacion personal que será profusamente repartida entre todos los correligionarios que la soliciten con 7 dias de anticipacion, y entre todos los periodistas y corresponsales así españoles como extranjeros á juicio de la Comision. Se invitará tambien al mayor número de particulares que se juzgue procedente. Nadie tendrá derecho á usar de la palabra á excepcion de la Mesa y de los oradores indicados y de las grandes figuras, apóstoles eminentes de la filosofía espiritista, universalmente reconocida, que la obtendrán siempre que lo deseen, sin más limitacion que el usarla en una de los dos idiomas referidos.

Asimismo el Congreso con arreglo al citado artículo 2.º de la antedicha Circular, elegirá, procurando que sea en el punto donde tuvo origen la Escuela Espiritista, el anunciado Centro de Consulta, con el fin de establecer cordiales relaciones entre todas las Sociedades hermanas de la tierra, y al que podrán dirigirse las

mismas para ilustrarse en todas las ocasiones que lo estimen oportuno. Dicho Centro se titulará *Consultorio Universal Espiritista*.

Al efecto se abrirá discusión sobre estos dos extremos:

- 1.º *Razón y atribuciones del Consultorio.*
- 2.º *En cual Sociedad debe recaer el nombramiento.*

ELECCION POR VOTACION SECRETA

Para este debate las sesiones serán privadas, esto es, con asistencia de los delegados y demás personas oficiales, únicamente. Se consumirán tres turnos en pró y otros tres en contra, con sus alusiones y rectificaciones respectivas; y podrán obtener la palabra en cualquier idioma quienes lo deseen, mientras haya dispuestos los intérpretes correspondientes.

Luego de elegido el Consultorio, y asimismo en sesiones privadas, pero sin debate y sí solo votación, se resolverá la aceptación ó no de todos los proyectos que se hayan recibido para el progreso de la doctrina, previa lectura que de ellos dará el Secretario del Congreso. Una vez aceptados, dichos proyectos serán remitidos al Consultorio para su informe y resolución, remitiéndolos despues el referido Centro á sus procedencias. Los proyectos desechados serán devueltos á los que los hubieren producido, por la Comisión Ejecutiva con el decreto correspondiente. Para todas las votaciones, cada representacion espiritista que se ejerza tendrá el valor de un voto; por tanto, si un mismo individuo ostenta dos ó más, tendrá los votos que le correspondan. Los individuos que compongan la Mesa del Congreso, por esa sola razón, tendrán derecho á un voto cada uno.

Barcelona 8 de Julio de 1888.—V. B. El Presidente, *El Vizconde de Torres-Solanot*.—El Secretario, *S. Luis P. Romeu*.

EN EL GRUPO LIBRE-PENSADOR

EL INDEPENDIENTE DE VALENCIA

(DESPUES DE LA VELADA)

En una sola veleda vuestra he tenido la honra de encontrarme, y por cierto que quedé altamente satisfecha de vuestros entusiasmos y por todo extremo complacida de la cordialidad que se siente en esas reuniones, de las cuales toma el pensamiento nuevos brios con el poder de la inteligencia de los unos y la fuerza de voluntad de los otros.

Cierto que el contraste notabilísimo que formaban todos los allí reunidos decían mucho al observador; así que el conjunto resultaba á propósito para mí, que, de definición en definición, siempre voy buscando algo que estudiar, por más que poco á entender llegue.

Allí se veían la blusa y la chaqueta, la americana y la levita codeándose con entera confianza, al par que la mantilla, ceñida á la cabeza de la que en la sociedad se llama señora, sentía con gusto el contacto de la modesta toquilla que abrazaba el cuerpo de la obrera. Allí, pues, se reunían voluntarias y anhelantes todas las clases sociales, y por lo mismo que se presentaban todas en apretado haz de ideas y aspiraciones, eran la manifestacion viva de la humana fraternidad. Mi alegría fué inmensa: me felicitaba de haber accedido á ruegos que allí habíanme conducido.

Si grande fué mi contento al veros unidos con el lazo santo de la idea, grande fué mi asombro al oír cuán profundamente le daban forma los que, saturados del ambiente del mundo intelectual, tratan de inculcar sus razonamientos en las almas de los que aspiran á la verdadera luz. Descripciones admirablemente presentadas, cuestiones

trascendentales combatiendo el absurdo, problemas hasta hoy insolubles por la negra sombra del bestial retroceso, todo fué tratado en vuestra velada con apropiada llaneza para ser comprensible, acomodándose á las doctrinas puras del libre-pensamiento. Y para que nada faltase, en lo que pudieran llamarse lecciones para el porvenir, en todas las oraciones se dedicaba algún recuerdo, siquiera fuese fugaz relámpago que brilla y desaparece, á la mujer hoy sierva, presentándola como la esperanza de mañana.

Dispensadme si ese fué el punto donde más se fijó mi atención, y permitidme que sobre él os diga mis impresiones y mis juicios.

La mujer, decíais, es toda sentimiento y amor la que debe formar y forma el corazón de los hombres y las almas de las sociedades; pero de todos debe de ser maldita si falta á sus deberes.—Al oír eso, algo vibró en mis labios, que de haberse convertido en sonidos, hubieran formulado estas apreciaciones más como respondiendo á lo que en la idea palpitaba.

El amor y el sentimiento, atributos hermosísimos de la mujer, no pueden perder su pristina pureza por sí, necesitan que *algo* los prostituya para ser arrojados á la más espantosa de las sombras. Ese *algo* es el abandono social personificado en el mónstruo de la preocupación, amalgamado con el dogma corrompido, el cual siempre prescribe la ignorancia, en todo menos en las manifestaciones del culto externo, que si no deshonor, embrutece. La mujer, mitad de la especie humana, es por su complexión dócil, por su temperamento apasionada. ¿A quién sigue, se somete y obedece? A quien la atiende un día y otro; que ella, en la ceguera de su raciocinio, no ve que si una gloria sin término la ofrecen, es vendiéndola falsos absurdos, que muchas veces su alma pura envenenan. ¿Y por que le sigue? Por ese mismo abandono que os he indicado. Y del abandono á la caída no hay más que un paso. ¿Vamos á condenarla, á maldecirla, siendo víctima inconsciente de su falta? No. Probemos á defenderla. Pongamos en actividad la memoria, y el recuerdo nos llevará hasta los tiempos mas remotos, separados de nosotros, mas que por los dias transcurridos, por las costumbres que los alejan. Desde la edad salvaje hasta la edad culta, la mujer ha ido siguiendo todas las evoluciones del progreso uncida al yugo de la servidumbre, hoy como ayer amarrada á la cadena de la esclava.

La vemos en la vida de la naturaleza sin más significación que las especies inferiores porque como estas, solo destinada estaba á perpetuarse en sus hijos; necesidad que allá en los albores de la humanidad se imponía á todas para no ser despreciadas hasta de sus congéneres. Y en esta indeterminación de la vida, en este imperfectísimo estado de racionalidad, la mujer ni aun podia apercibirse á la lucha para dignificarse; la faltaba el impulso soberano por excelencia: la noción de sus deberes. Así nos la encontramos, primero errante y nómada por los desiertos, despues recluida y opresa en harenes y gineceos, y más tarde encerrada en el estrechísimo y tenebroso círculo de su oscuridad intelectual, atrofia de todos los sentimientos racionales y humanos.

Todos sabemos de donde provienen estos males sin cuento, estas acerbidades innarrables de la mujer amargada á la continua por las hieles del desprecio universal quizás basado en la universal leyenda de la tradición, cuyos orígenes adivinamos en las teologías de todos los tiempos y las teogonías de todos los pueblos. Todas ellas nos han legado la tradición de un edén primitivo: así se ven extendidos por museos, templos y artísticos palacios profusión de cuadros con la deva de Adhima, la parca de Prometeo, la serpiente Apap de los egipcios, la Syvos de los fenicios, la culebra caldea, la del mazdeismo queriendo probar en la nuestra la perdida inocencia del hombre por sugerencias seductoras de la mujer; poniendo nuestra religión positiva, como verdad histórica, la tan fantaseada de un sér femenino abrumado bajo el peso de su culpa, cuando la razón con su lógica inexorable, determina á la mujer primitiva, á esa entidad hermosa y paciente, como un objeto apropiable por la fuerza del hombre, que siempre la esclavizó, en su mismo poder sostenido y ayudado por la despótica ley de las castas que más tarde se inició en la humanidad. Hé aquí la maldición que viene pesando desde todos los tiempos y las edades todas sobre la personalidad de la mujer, imperfecta, ayer como hoy, por falta de respeto social á sus ter-

nuras y sentimientos, los cuales siempre engendran la paz del hogar y la fraternidad entre los hombres.

Ahora bien: ¿debeis vosotros, los que os llamais hijos del Libre pensamiento encerraros en el estrecho círculo de la tradición? ¿Habéis de ver en la mujer la Eva pecadora de reñencia indigna, en vez de amar en ella a la madre de la humanidad? ¿No? Pues respetadla como a vuestra madre, amadla como a vuestra esposa y educadla como a vuestra hija. No la dejéis abandonada en su debilidad á su irreflexion y á su ignorancia, que en todos casos determina el alejamiento del deber por las sugerencias perniciosas de la sombra. Como sér mas débil, necesita un apoyo; como espíritu mas impresionable, una razon que la guíe. Y nadie tiene el deber de formarla más que vosotros, anteriores á ella en el trabajo de la inteligencia.

Yo he oido decir á muchos hombres, obligados por su instruccion, por sus ideas y su cargo social á honrarse con sus juicios en este punto: «Yo dejo á mi mujer en entera libertad de ir adonde la lleven sus inclinaciones.» Error gravísimo del hombre, dado el estado actual de la mujer. Dejad á un niño de pocos meses solo, para que ande, y le vereis que sin dar un paso tropieza y cae. De la misma manera, la mujer puede precipitarse sin darse cuenta de la caída: si el niño carece de fuerzas físicas para sostenerse, á la mujer la falta la luz del entendimiento para apercibirse al peligro del abismo. ¿De qué sirve la libertad si antes no se ha comprendido el deber? Y hay muchos, muchísimos hombres que agravan dicho peligro con su frialdad en este punto de tanto interés para sí y para la sociedad en general. Sí, los hay que reniegan de la tradición, huyen del misticismo, temen á las supersticiones, condenan la ignorancia y dejan, ¡rutinarios hipócritas! á sus hijas y esposas confundiendo con lo mismo de que ellos abominan en su corazón y su conciencia. Dicen que el confesionario es arma poderosísima de los mercaderes de la religión, y ponen al alcance de ella á sus amores más caros, á sus más queridos seres con todas sus contingencias y peligros. Creen que los fanatismos enervan los corazones, perturban la razon y los alimentan con su egoísta, cruel indiferencia. ¡Dolorosas contradicciones! ¿Son todo ello palabras huecas, alarde de nuevas ideas, ó quien alcanza el valor de declaraciones tales en pugna con sus hechos prácticos en sentido inverso? ¿Qué es esto? ¡Ay! Es que todavía fermenta la levadura del pasado, agriando el buen sentido del hombre y descomponiendo en ruinas egoísmos lo que en su natural son sanas intenciones de fraternizar, más que con todos los seres de la creación, con la mujer su compañera, ángel de redención en todos los actos de la humana vida.

Hé aquí por qué combatimos sin descanso el ayer de la humanidad, oprobio de la historia, que tiene que registrar en su libro eterno, mal que le pese, las terribles rozaduras de la argolla y la cadena, puestas por la fuerza de la tiranía á la debilidad ingénita de la pobre desventurada mujer.

Quizás se nos tache de atrevidas y algo más; que todo lo debemos esperar de los que nos maldicen; pero nada mas natural que defender nuestra propia causa desoída y olvidada del tribunal supremo de las conciencias. Pobres expósitos en el mundo del error, busquemos el de la verdad, con la esperanza de hallar en él, sitio que de derecho nos corresponde en la familia humana. Debéis gloriaros de que nos acogamos á vosotros hombres del porvenir; sois los únicos que iniciáis nuestra redención combatiendo la ignorancia y el absurdo. Sin duda que vuestros esfuerzos han de traer nuestro reinado por el amor, espíritu vivificante para el bien de las sociedades. Para no maldeciros en la caída, sostened nuestra debilidad, sanead el ambiente en que respiramos, acomodad el medio en que vivimos proscribiendo de estas sociedades la sombra, la rutina y la superstición. Para que seamos nosotras el ritmo y la cadencia de todas las cosas, habéis de concertar vosotros la armonía de todos los espíritus. El trabajo constante de la civilización, siempre progresiva, irá levantando el altar de nuestra dignificación; llevad cada uno vuestro grano de arena, si no queréis que se desplome y arrastre en su caída á toda la humanidad.

LUISA CERVERA

Imprenta de Cayetano Campins, Santa Madrona, 10.—Gracia.